

La caída del régimen sorprende a España y a la UE

Madrid y Bruselas celebraron las medidas de Ben Ali, antes de su huida

M. G./AGENCIAS **Madrid**

La huida del presidente Ben Ali pilló por sorpresa a todas las cancillerías, que no esperaban un desmoronamiento tan rápido del régimen tunecino. A última hora de la tarde, el Gobierno español hizo un "llamamiento a la calma" y pidió a las nuevas autoridades que "promuevan la concertación nacional" y "convoquen elecciones generales cuanto antes y con plenas garantías". Solo dos horas antes, a través de un comunicado similar, el Ministerio español de Asuntos Exteriores se había felicitado por las medidas anunciadas in extremis por Ben Ali —la destitución del Gobierno y la convocatoria de elecciones anticipadas, además de la declaración del estado de emergencia— y se había mostrado convencido de que marcaban "la línea adecuada pa-

Obama: "El pueblo tunecino tiene derecho a elegir a sus dirigentes"

ra restablecer la normalidad". La sucesión de comunicados evidenció la falta de información sobre la situación real del país, por lo que las primeras gestiones diplomáticas se encaminaron a intentar aclararla. De hecho, la última nota se dirigía a "las autoridades que han asumido provisionalmente el poder" en Túnez, sin especificar quiénes son.

La ministra Trinidad Jiménez conversó con el nuevo embajador español en Túnez, Antonio Cosano, quien adelantó su incor-

poración al puesto cuando se inició la revuelta. El propio Cosano calificó la situación de "crítica", en declaraciones a TVE, y explicó que había tenido que atravesar con su vehículo una barricada en llamas, mientras que el cónsul se había refugiado en un sótano con su familia ante la explosión de bombas "muy cerca" de su domicilio. Por el momento, sin embargo, España no ha decidido evacuar a su colonia, formada por unos 600 residentes y otros 400 turistas, aunque les ha recomendado que "extremen la prudencia" y no salgan de sus casas u hoteles, al tiempo que desaconseja viajar a ese país magrebí.

A propuesta de Suecia, los representantes permanentes de la UE abordaron ayer por la mañana la situación en Túnez, horas antes de la fuga del presidente. La Alta Representante, Catherine Ashton, dijo a mediodía que la decisión de Ben Ali de no presentarse a la reelección creaba "una oportunidad para una transición tranquila". Los hechos posteriores la desmintieron.

Poco después de conocerse la huida del ex presidente Ben Ali, Estados Unidos declaró que "el pueblo tunecino tiene derecho a elegir a sus dirigentes" y que Washington "seguirá de cerca el desarrollo de los acontecimientos" en ese país. Horas antes, la Casa Blanca había emitido un comunicado en el que "condenaba la violencia contra los civiles en Túnez" y realizaba un llamamiento a las autoridades del país para que pusieran en marcha las promesas realizadas en la noche del jueves por Ben Ali, incluido "el respeto a los derechos humanos y el muy necesario proceso de reforma política".



Un incendio causado por unos manifestantes cerca de un cartel de Ben Ali en una calle de Túnez. / EFE

Al tiempo que aterrizaba en París un avión con una hija y una nieta de Ben Ali, el presidente Nicolás Sarkozy declaró a través de un comunicado que "solo el diálogo puede aportar una solución democrática y duradera a la crisis actual". El Eliseo señaló que "Francia desea el apaciguamiento y el fin de la violencia" en Túnez y mostró su escaso interés en acoger al derrocado dirigente. A su vez, la canciller alemana, Angela Merkel, instó a las autorida-

des tunecinas a proceder de forma pacífica frente a los conflictos sociales que vive el país y ofreció la ayuda de su Gobierno como "interlocutor" en todo aquello que pueda contribuir a resolver la situación. La embajadora de Túnez en Alemania se reunió con el titular de Exteriores germano, Guido Westerwelle, para analizar los acontecimientos a requerimiento del Ejecutivo alemán.

En declaraciones a la prensa

antes de que se supiera que Ben Ali había huido, el secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, hizo un llamamiento al diálogo para resolver de manera pacífica la grave crisis que vivía el país magrebí. "La situación política evoluciona a gran velocidad y todas las partes tienen que hacer los máximos esfuerzos para establecer un diálogo y resolver los problemas de manera pacífica, para evitar más pérdidas de vidas humanas y violencia".

Es posible derrocar a un autócrata árabe

JAVIER VALENZUELA

Desde el Atlántico al Mar Rojo, los países del norte de África comparten no solo vínculos étnicos, lingüísticos, culturales y religiosos, sino también lacras contemporáneas: regímenes autoritarios, corrupción institucionalizada, desarrollo económico raquítico y profundas desigualdades sociales. Tienen asimismo en común el que sus poblaciones sean muy jóvenes, mayoritariamente por debajo de los 30 años. Estas juventudes —vitalistas, conocedoras de lo que ocurre en el mundo gracias a la tele por satélite y a Internet, con mayores estudios que sus padres y abuelos— están hartas tanto de las estrecheces económicas como de ser tratadas como animales por sus gobernantes y sus burocracias.

Así que, tras el derrocamiento ayer del autócrata Ben Ali, el primer triunfo de una revuelta popular laica y democrática en un país árabe, cabe preguntarse tanto por el futuro de Túnez como por el posible efecto

contagio en Argelia, Egipto e incluso Marruecos. Los jóvenes y los reformistas y demócratas del Magreb y el valle del Nilo no tardaron en enterarse de que los tunecinos lo habían conseguido, habían ganado, pagando por ello un elevado precio en sangre, el primer gran asalto de su combate. Es posible echar a un déspota árabe, aunque tenga detrás un tremendo aparato represivo y aunque esté considerado como un alumno modélico por el FMI y como un socio privilegiado por la Unión Europea.

Días atrás, la revuelta tunecina ya tuvo ecos en Argelia, cuya juventud no vive menos hastiada y que, hace dos décadas, protagonizó una gran protesta contra el régimen del FLN que, tristemente, no culminó en una democracia plena, sino en una guerra civil y en lo hoy existente. Cabe, pues, imaginar que anoche mismo los gobernantes vecinos del derrocado Ben Ali pusieron sus barbas a remojar. ¿En qué sentido? ¿Ordenando a sus servicios de seguridad un mayor celo represivo? ¿Ima-

ginando posibles aperturas que les eviten la suerte de su colega? En buena medida, la adopción de una u otra alternativa depende también de la actitud de Europa y Estados Unidos. Si los occidentales emiten un claro mensaje a favor del cambio, algo podría moverse en dirección posi-

Argelia, Marruecos y Egipto son países tan inflamables como Túnez. Con juventudes hastiadas

va; si se olvidan, como han hecho hasta ahora, de que hay una alternativa al dilema entre autocracia e islamismo, esto es, la democracia, la dirección será negativa.

En los últimos días se veía que el régimen tunecino se desmoronaba. Se podía intuir que el valeroso combate de la calle

iba acompañado por presiones desde dentro del poder. Y debieron ser los militares los que ayer le dijeron a Ben Ali que tomara un avión de inmediato tras ver que miles de jóvenes exigían en la calle el final de su carrera política y se declaraban dispuestos a dar su sangre para obtenerlo. Ojalá que ahora el Ejército tunecino tenga altura de miras y garantice, como hizo el portugués en su día, una transición pacífica hacia un Estado de derecho. Y ojalá los gobiernos y opiniones públicas de Europa comprendan que la seguridad en la ribera meridional del Mediterráneo no la garantizan los déspotas, solo podrían hacerlo las democracias.

Se pontificaba mucho sobre la imposibilidad de movimientos democráticos en países árabes y musulmanes. Se justificaba con ello el sostén occidental a sus dictaduras siempre y cuando repriman a los islamistas, controlen la inmigración clandestina y garanticen el suministro de gas y petróleo. Los sucesos de Túnez evidencia que esa es una visión de peligrosa miopía. No hay nada en ese universo, como no había nada en Portugal y España, que le condene fatalmente a la ausencia de democracia.